

Volver al espionaje a la antigua

WikiLeaks no ha perjudicado en absoluto a Sarkozy o a Merkel, y sí en cambio a Clinton y a Obama. ¿Cuáles serán las consecuencias de esta herida infligida a una potencia tan importante? Es evidente que en el futuro, los Estados no podrán poner *online* ninguna información reservada, pues eso sería como publicarla en un cartel pegado en la calle. Pero también es evidente que con las tecnologías actuales, es vano esperar que se puedan mantener conversaciones confidenciales por teléfono. Nada más fácil que descubrir si y cuándo un jefe de Estado se ha desplazado en avión y ha contactado con alguno de sus colegas.

¿Cómo podrán mantenerse contactos privados y reservados en el futuro? Sé bien que por el momento mi previsión no parece más que ciencia-ficción y resulta por lo tanto novelesca, pero no me queda otra opción que imaginar a los agentes del gobierno desplazándose en diligencia por itinerarios incontrolables, llevando únicamente mensajes aprendidos de memoria o, a lo sumo, escondiendo en el talón del zapato las raras informaciones escritas. Las informaciones se guardarán en copia única en cajones cerrados con llave: en el fondo, la tentativa de espionaje de Watergate tuvo menos éxito que WikiLeaks.

¿Quién informa a quién?

Ya había tenido ocasión de escribir antes que la tecnología avanza como un cangrejo, es decir, hacia atrás. Un siglo después de que el telégrafo sin hilos revolucionara las comunicaciones, Internet ha restablecido un telégrafo con hilos (telefónicos). Los vídeos (analógicos) habían permitido a los estudiosos del cine investigar una película paso a paso, haciendo avanzar y retroceder la película y descubriendo todos los secretos del montaje, mientras que ahora los CD (digitales) sólo permiten saltar de capítulo en capítulo, es decir, por grandes secciones.

Con los trenes de alta velocidad se puede ir de Roma a Milán en tres horas, mientras que en avión, incluidos los desplazamientos que requiere, son tres horas y media. No tiene pues nada de sorprendente que la política y las técnicas de comunicación vuelvan a los carruajes.

Una última observación. Antes, la prensa se esforzaba por descubrir lo que se tramaba en el secreto de las embajadas. Hoy, son las embajadas las que piden informaciones confidenciales a la prensa.

Manuel Castells

¿Quién teme a WikiLeaks?



Tenía que ocurrir. Los gobiernos llevaban tiempo preocupados con su pérdida de control de la información en el mundo de Internet. Ya les molestaba la libertad de prensa. Pero habían aprendido a convivir con los medios tradicionales. En cambio, el ciberespacio, poblado de fuentes autónomas de información, es una amenaza decisiva a esa capacidad de silenciar en la que se ha fundado siempre la dominación. Si no sabemos lo que pasa, aunque nos lo temamos, los gobernantes tienen las manos libres para robar y amnistiarse mutuamente como en Francia o Italia o para masacrar a miles de civiles y dejar curso a la tortura como Estados Unidos en Irak y Afganistán.

De ahí la alarma de las élites políticas y mediáticas ante la publicación de centenares de miles de documentos originales incriminatorios para los poderes fácticos en Estados Unidos y en otros muchos países por WikiLeaks.

Se trata de un medio de comunicación por Internet, creado en el 2007, publicado por una fundación sin ánimo de lucro legalmente registrada en Alemania pero que opera desde Suecia. Cuenta con cinco em-

pleados permanentes, unos 800 colaboradores ocasionales y cientos de voluntarios repartidos por todo el mundo: periodistas, informáticos, ingenieros y abogados, muchos abogados para preparar su defensa contra lo que sabían que se les venía encima.

Su presupuesto anual es de unos 300 millones de euros, producto de donaciones, cada vez más confidenciales, aunque algunas son de fuentes como *Associated Press*. Se inició por parte de disidentes chinos con apoyos en empresas de Internet de Taiwán, pero poco a poco recibió el impulso de activistas de Internet y defensores de la comunicación libre unidos en una misma causa global: obtener y difundir la información más secreta que gobiernos, corporaciones y, a veces, medios de comunicación ocultan a los ciudadanos.

La mayor parte de la información la reciben, generalmente por Internet, mediante el uso de mensajes encriptados con una avanzadísima tecnología de encriptación, cuyo uso facilitan a quienes les quieren enviar la información siguiendo sus consejos, o sea, desde cibercafés o puntos calientes de wi-fi, lo más lejos posible de sus lugares habituales. Aconsejan no escribir a ninguna dirección que tenga la palabra wiki, sino utilizar otras que facilitan regularmente.

A pesar del asedio que han recibido desde su origen, han ido denunciando corrupción, abusos, tortura y matanzas en todo el mundo, desde al presidente de Kenia hasta el lavado de dinero en Suiza o a las atrocidades en las guerras de Estados Unidos. Han recibido numerosos premios internacionales de reconocimiento a su labor, incluyendo los de *The Economist* y de Amnistía Internacional.

Es precisamente ese creciente prestigio de profesionalidad el que preocupa en las alturas. Porque la línea de defensa contra las web autónomas en Internet es negarles credibilidad. Pero los 70 mil documentos publicados en julio sobre la guerra de Afganistán o los 400 mil sobre Irak difundidos ahora son documentos originales, la mayoría procedentes de soldados estadounidenses o de informes militares confidenciales. En algunos casos, filtrados por soldados y agentes de seguridad estadounidenses, tres de los cuales están en la cárcel. WikiLeaks tiene un sistema de verificación que incluye el envío de reporteros suyos a Irak, donde entrevistan a supervivientes y consultan archivos.

De hecho, los ataques contra WikiLeaks no cuestionan su veracidad, sino que critican el hecho de su difusión, so pretexto de que ponen en peligro la seguridad de las tropas y ciudadanos. La respuesta de WikiLeaks: se borran los nombres y otras señas de identificación y se difunden documentos sobre he-

chos pasados, de modo que es improbable que puedan peligrar operaciones actuales. Aun así, Hillary Clinton ha condenado la publicación sin comentar la ocultación de miles de muertos civiles y las prácticas de tortura que revelan los documentos. Al menos, Nick Clegg, el viceprimer ministro británico, ha censurado el método pero ha pedido una investigación sobre los hechos.

Pero lo más extraordinario es que algunos medios de comunicación están colaborando con el ataque que los servicios de inteligencia han lanzado contra Julian Assange, director de WikiLeaks. Incluso un comentario editorial de *Fox News* aboga por su asesinato. Y sin ir tan lejos, John Burns, en *The New York Times*, intenta mezclarlo todo en una niebla respecto al personaje de Assange. Es irónico que lo haga este periodista, buen colega de Judy Miller, la reportera de *The Times* que informó, consciente de que era mentira, del descubrimiento de armas de destrucción masiva (Véase la película *La zona verde*).

Ésa es la más vieja táctica mediática: para que se olviden del mensaje: atacar al mensajero. Eso hizo Nixon en 1971 con Daniel Ellsberg, el que publicó los famosos papeles del Pentágono que expusieron los crímenes en Vietnam y cambiaron la opinión pública sobre la guerra. Por eso Ellsberg aparece en conferencias de prensa junto con Assange.

Personaje de novela, el australiano Assange pasó buena parte de sus 39 años cambiando de lugar desde niño y, usando sus dotes matemáticas, haciendo activismo *hacker* para causas políticas y de denuncia.

Ahora más que nunca está en semiclandestinidad, moviéndose de un país a otro, viviendo en aeropuertos y evitando países donde se buscan pretextos para detenerlo. Por eso surgió en Suecia, donde se encuentra más libre, una querrela por violación que luego fue desestimada por la juez—relean el principio de la novela de Stieg Larsson y verán una extraña coincidencia—. Y es que es el Partido Pirata de Suecia (10% de votos en las elecciones europeas) el que está protegiendo a WikiLeaks, dejándoles su servidor central encerrado en un búnker bajo tierra a prueba de toda interferencia.

El drama no ha hecho más que empezar. Una organización de comunicación libre, basada en el trabajo voluntario de periodistas y tecnólogos, como depositaria y transmisora de quienes quieren revelar anónimamente los secretos de un mundo podrido, enfrentada a aquellos que no se avergüenzan de las atrocidades que cometen pero sí se alarman de que sus fechorías sean conocidas por quienes los elegimos y les pagamos. Continuará.

Javier Marías

Ocultar y averiguar



Sin duda suele ser divertido saber lo que no nos toca o incluso nos está prohibido. Nos regocija enterarnos de cosas a las que normalmente no tenemos acceso; oír las charlas privadas entre políticos o famosos de cualquier índole, escuchar qué dicen y cómo hablan *en realidad*, dando por descontado que lo que por lo general nos ofrecen es una estudiada representación, algo adecuado a la imagen que han decidido proyectar de sí



***En modo alguno quiero dárme-
las de blasé, ni presumir de
estar al cabo de la calle, no
es el caso. Pero, teniendo
todos el convencimiento de
lo que acabo de decir -de que
se nos muestra lo que se nos
quiere mostrar y nada más-,
no entiendo que nadie se
sorpresa o monte en cólera
ante las revelaciones que
nos están llegando.***

mismos. Suponemos, por tanto, que todo el mundo finge en mayor o menor medida; que nadie se salva enteramente de ser hipócrita o cuando menos *diplomático*; que con frecuencia se calla lo que de verdad se piensa o se hacen declaraciones falsarias, o, si se prefiere, de *compromiso*; y gusta ver desmascarados a los personajes notables, o a quienes desempeñan cargos públicos o tienen responsabilidades. Causa hilaridad descubrir que alguien ha metido la pata o que ha sido pillado por una cámara indiscreta, un micrófono abierto o una filtración con la que no contaba. Es natural, así pues, que la divulgación de los llamados *Papeles del Departamento de Estado* a través de WikiLeaks y de cinco publicaciones, *El País* entre ellas, sea motivo de alborozo y jocosidad para parte de la población mundial. Lo que ya es más raro es que también suscite escándalo e indignación. La verdad es que el hecho me parece más divertido que trascendental.

***“Suele ser mejor que ignoremos lo
que dicen de nosotros tanto los amigos
como los enemigos”***

En modo alguno quiero dárme las de *blasé*, ni presumir de estar al cabo de la calle, no es el caso. Pero, teniendo todos el convencimiento de lo que acabo de decir —de que se nos muestra lo que se nos quiere mostrar y nada más—, no entiendo que nadie se sorprenda o monte en cólera ante las revelaciones que nos están llegando. Es de cajón que cada país maniobre y presione para conseguir sus propósitos, defender sus intereses y beneficiarse; que los menos poderosos procuren no contrariar en exceso a aquellos de los que dependen económica, política o militarmente, y a veces se plieguen a sus indicaciones aunque les sienta como un tiro. Y nada tiene de particular que, en privado y creyéndose sin testigos, los embajadores y funcionarios suelten inconveniencias sobre sus homólogos, sus superiores y los líderes mundiales. De hecho, me ha extrañado que no hayan aparecido opiniones más contundentes, del tipo “Ese es un enorme cretino” o “Este es el mayor tonto de la tierra” o “Aquel es un hijo de puta, un malvado”. Casi todo el mundo se despacha a gusto en privado, por lo menos en España, país en el que la exageración es norma: los empleados sobre sus jefes y viceversa, los periodistas sobre sus colegas, los directores de cine sobre sus actores, los escritores sobre los críticos y viceversa, los políticos sobre sus adversarios y sus aliados, los trabajadores sobre sus compañeros y cualquier hijo de vecino sobre sus vecinos. Incluso muchos maridos sobre sus mujeres y viceversa, como la mayoría de los